

Algo le pasó al presidente

Blasco Peñaherrera

El viernes 16 de enero de 1987, el presidente constitucional del Ecuador, León Febres Cordero, llegaba en visita programada a la base aérea de Taura, en Guayaquil, acompañado del ministro de Defensa y de un grupo considerable de altos jefes de las fuerzas armadas. Lo que sucedió a continuación constituye uno de los capítulos más insólitos de la turbulenta historia política de América Latina.

No menos excepcional es la circunstancia de que los hechos que empezaron a sucederse en tropel aquel día hayan podido ser relatados por un testigo que estaba a 500 km. de distancia (en Quito, la capital), pero ocupando el sillón dejado vacío por el Jefe del Estado: el entonces Vicepresidente de la República, Blasco Peñaherrera ().*

Llegué al despacho a las 09h35. Más o menos a las 09h40, la licenciada Carmen Pereira, mi jefe de Relaciones Públicas, recibió una llamada de la Sala de Prensa de la Presidencia de la República: «Aquí hay un movimiento inusitado», le dijo el licenciado Francisco Sánchez, cronista del diario Extra. «Parece que algo le pasó al presidente, ¿qué sabe usted?» Con la sorpresa consiguiente, Carmita le dijo que absolutamente nada y más bien le encareció que la mantuviera informada. Acto seguido subió al piso 21 y le comunicó la novedad a la señora Pilar Andrade de Nicholls, jefe de Despacho. Pilar creyó que debía verificar y completar el informe por el mejor medio: mi edecán, teniente coronel Eugenio Martínez. Este se puso de inmediato a llamar al Ministerio de Defensa, mientras Pilar hacía lo mismo con el Palacio de Gobierno.

Más o menos a las 09h50 Rubén Guayasamín, jefe de Seguridad, ingresó visiblemente agitado a mi oficina. «¡Le han secuestrado al señor presidente!» - me dijo - y atropelladamente añadió algunos detalles. Tras él llegaron: Pilar, Carmen y el licenciado Alberto Crespo, secretario general de la Vicepresidencia y casi a coro completaron la información: Taura, los comandos, hay heridos, etc. «¡Maldición! -

exclamé - es lo único que nos faltaba». A tiempo con mi interjección llegó el teniente coronel Martínez. «Señor vicepresidente - me dijo -, está aquí mi general Rodrigo Orbe con una comisión del Comando Conjunto. Quiere hablar con usted de extrema urgencia». «Hágale pasar» - le respondí -. Mis colaboradores salieron; ingresó el general Orbe. Pálido, tenso, tomó asiento y con talante poco usual en oficial de su jerarquía y personalidad, exclamó: «Ha sucedido algo terrible: el señor presidente ha sido secuestrado en la Base de Taura». Apretadamente añadió detalles adicionales y finalizó solicitándome, a nombre del general Adison Garzón, jefe de Estado Mayor del Comandante Conjunto, que le acompañe al Ministerio de Defensa. En ese instante sonó el teléfono. Era precisamente el general Garzón. En forma y términos parecidos me repitió la noticia y me reiteró su pedido de concurrir al Ministerio. «¿Supongo que en la Presidencia ya están esterados?» - le pregunté. Ante su respuesta afirmativa, dispuse que me comunicaran con Patricio Quevedo, secretario general de la Administración. Patricio, con su voz calma y ritmo pausado, me confirmó los hechos y me pidió que fuera al Palacio. Le dije que había recibido la invitación del General Garzón y que me parecía conveniente ir primero al Ministerio de Defensa y luego a la Presidencia. «Te llamaré desde allí» - finalicé.

El general salió de mi despacho. Ingresó el doctor Oswaldo Dávila, secretario General de Planificación. Le resumí lo sucedido. «Voy contigo», me dijo. «No - le respondí -, por lo que pueda ocurrir tu presencia aquí es indispensable». Quedamos en mantener contacto telefónico permanente. Bajamos al estacionamiento. Me esperaba un automóvil Volvo de color celeste (que después me enteré era de propiedad del doctor Dávila y que él dispuso que lo ocupara por razones de seguridad). Cruzamos la ciudad. Excepto uno que otro grupo en esquinas y portales en los que se comenzaba a comentar lo sucedido, todo parecía absolutamente normal. Llegamos al Ministerio. Al pie del edificio del Comando Conjunto me esperaba un grupo de oficiales junto al general Garzón. Ingresamos a su despacho. Eran más o menos las 10h15. El general Garzón se sentó a mi diestra y los demás indistintamente. Eran seis u ocho oficiales; entre ellos recuerdo a los generales Acosta, Pavón y Vásconez. Estaban, además, dos civiles: el doctor Jaime Flor Vásconez, afamado penalista que había sido contratado para dirigir la defensa de las autoridades militares en los procesos instaurados por la compra del avión Fokker ⁽¹⁾ y el doctor Francisco Larrea Donoso, prestigioso profesional, asesor jurídico de la Comandancia de Marina y del Ministerio. El general Garzón, luego de un relato pormenorizado de los hechos: la invitación del Escuadrón Jaguar, el

⁽¹⁾ Por el que habría pagado un extraño «sobrepago» de US\$ 4.000.000 –según denuncias públicas. (N. de la R.)

viaje del presidente y su comitiva, la nómina de sus acompañantes, el lugar en el que se suponía que estaba detenido, las características de la Base, el balance de fuerzas, etc., etc., dijo: «Señor vicepresidente creemos que es indispensable declarar el estado de emergencia e imponer todas las medidas necesarias para garantizar la paz pública, comenzando por decretar la movilización de la fuerza armada». (Tiempo después me enteré que, antes de que yo llegara, los jefes militares antes indicados, especialmente los generales Pavón y Vásconez, habían coincidido en el criterio de que, habiendo sido detenido el Presidente de la República en un recinto militar, por elementos militares, la operación era estrictamente militar). En ese momento ingresó a la oficina el contralmirante Fernando Alfaro, comandante general de la Marina. Gratísima sorpresa para mí, pues lo suponía también en Taura. Brevemente me informó que no viajó con la comitiva por una serie de razones, la principal de las cuales era la de no haber sido invitado y haber tenido que atender una ceremonia de la Fuerza Naval anteriormente programada. Prosiguió el general Garzón con su exposición. Cuando concluyó le hice notar que la declaratoria de estado de emergencia es potestativa del Presidente de la República y solicité la opinión de los dos abogados presentes. El doctor Flor hizo una señal de asentimiento. El doctor Larrea Donoso - quien tenía en sus manos un ejemplar de la Constitución Política (y quien, según me enteré más tarde, les había sugerido al general Garzón y a los demás oficiales que, «antes de tomar ninguna medida», me informaran oficialmente de lo sucedido y contarán con mi presencia), procedió a dar lectura de las disposiciones relativas a la declaración de estado de emergencia y a la sucesión presidencial. Se cruzaron algunas ideas al respecto y, al cabo de más o menos diez minutos, el general Garzón insistió: «*Señor vicepresidente, no le queda más remedio que asumir la Presidencia y dictar estos decretos*». Admito que, vistos así los hechos, parecía que no quedaba otra alternativa. Insistí, no obstante, en la necesidad de estudiar con mayor detenimiento los aspectos jurídicos y políticos del problema planteado y pedí que se me comunicara con el secretario general de la Administración. Así se hizo y, desde el teléfono privado del general Garzón en la oficina contigua, hablé con Patricio Quevedo. Le resumí los tópicos tratados y los planteamientos que se me habían hecho y concluí pidiéndole que adelantara la redacción de los decretos mientras me trasladaba a la Presidencia. Me despedí del general Garzón y de los demás oficiales con la oferta mutua de mantenernos en contacto permanente y salí del Ministerio.

«Soy tu amigo»

Eran las 10h55 cuando llegamos al Palacio Presidencial. Ingresamos rápidamente por la puerta de la residencia. En los alrededores del Palacio se han formado

algunos grupos de personas que, al paso de la caravana de vehículos, lanzan gritos y silbidos. «Vamos primero a la residencia» - les digo a mis acompañantes - y así lo hacemos. En la antesala y en el largo corredor que conduce a la alcoba del presidente hay un ambiente de explicable angustia y confusión. En la pequeña salita contigua al dormitorio (en la que se realizan las reuniones matinales para el diseño de estrategias políticas y económicas, con el ingeniero Febres Cordero en pijama y salida de cama), están tres o cuatro personas, entre ellas recuerdo al diputado Eduardo Carmigniani y al teniente Medina, oficial de seguridad de la señora del presidente. Eduardo tiene en sus manos una copa de cognac. Hay una botella a medio vaciar. Me ofrece un trago. Lo acepto y tomo lentamente mientras me anuncian a Eugenia ⁽²⁾. Ella aparece en la puerta del dormitorio descalza y en bata de cama. Me pide que pase. Un abrazo; el respetuoso beso de siempre. Sosteniendo sus manos en las mías le digo: **«Eugenia, ante todo y sobre todo, quiero que sepas que más que vicepresidente soy tu amigo y que actuaré como tal. Te prometo que no tomaré ninguna decisión, ninguna medida, sin tu conocimiento»** . «De eso estoy segura» - me responde. Me pide esperar un momento mientras termina de vestirse. Retorno a la antecámara y allí me enteran de algunos detalles de lo sucedido. Pasan pocos minutos y Eugenia, asombrosamente serena y dueña de sí misma, sale de la alcoba. «Vamos» - me dice - y así lo hacemos. Bajamos al primer piso y nos encaminamos directamente a la oficina de Patricio Quevedo. Patricio me pide ocupar su escritorio. Me rodean, junto a Eugenia, el ministro de Gobierno, licenciado Luis Robles Plaza, el abogado Carlos Pareja, secretario de la Presidencia, el licenciado José Gabriel Terán Varea, asesor del presidente, Galo Franco, jefe de la Sala de Prensa y otras personas cuyos nombres no recuerdo. Patricio, con la serenidad y aplomo que mantendría inalterables durante las dramáticas horas de aquel día, me cuenta que a través de varias fuentes - emisiones radiales, informes de la Policía y la inteligencia militar - se infiere que el presidente se encuentra con vida - tal vez con alguna herida superficial - recluido en la oficina del Comando de la Base junto con el ministro de Defensa. Que unos minutos antes de mi llegada se había recibido una llamada procedente de Taura de alguien que no se identificó, pero que seguramente era uno de los sublevados, que pidió hablar con el edecán aéreo, mas la comunicación se había interrumpido antes de que pudiera acercarse el teniente coronel Quiroz ⁽³⁾.

⁽²⁾ La esposa del presidente (N. de la R.)

⁽³⁾ El teniente coronel Raúl Quiroz, edecán aéreo, no obstante haberse encontrado franco por haber estado de servicio el día anterior, al enterarse de lo ocurrido se había trasladado de inmediato al Palacio y asumido la Jefatura de la Casa Militar por ser el oficial más antiguo.

En cuanto a las acciones inmediatas me expresa su preocupación, que también es la mía, por la posibilidad de que se repitan los hechos de marzo del año anterior, en cuanto al desborde informativo y al abuso de los medios de comunicación por parte de sectores políticos interesados en agudizar la crisis. Se sugiere - no recuerdo por parte de quién o quiénes - que se imponga la *censura de prensa*. Opino que antes de hacerlo conviene intentar un contacto directo con los ejecutivos de los medios para lograr su colaboración voluntaria y dispongo que se me comunique telefónicamente con tantos como sea posible.

En los minutos siguientes hablé con seis o siete directores o gerentes de diarios, radiodifusoras y noticieros de televisión. Todos coincidieron en apreciar la extrema gravedad y delicadeza del trance nacional y me ofrecieron enfáticamente toda su colaboración para realizar una efectiva autocritica y supervisión informativa (que demostró ser mucho más eficaz que la pretendida «censura de prensa»). Santiago Jarvis Simmonds, director del Diario *El Comercio*, Alfonso Espinosa de los Monteros, director de Ecuavisa, y don Antonio Granda Centeno, propietario de Teleamazonas y Radio Colón, me expresaron, además, su criterio categóricamente favorable respecto de la decisión de asumir la Presidencia de la República, como único medio para restablecer y preservar el orden jurídico y el régimen constitucional. «Creo que no tienes otra alternativa» - me dijo Santiago. Alfonso me dio a conocer detalles sobre la caótica situación reinante en la Base de Taura y el total desconcierto de los mandos militares. Antonio, con su estilo vehemente e imperativo, ante mis expresiones de duda y preocupación me dijo: «*Blasco, si usted no asume el Poder en este momento nos hundimos, porque no hay autoridad civil y todo puede pasar. Hágalo enseguida. Hágame caso*».

En cuanto a la declaración del «estado de emergencia», está claro que no cabía hacerlo sin asumir previamente la Presidencia de la República. Se me presentan los correspondientes proyectos de decreto que han sido elaborados por Asesoría Jurídica. Los leo y observo algunas fallas, la principal de las cuales es la de no hacer mención al ministro de Defensa, secretario de Estado, que, forzosamente, tendría que suscribir los decretos conjuntamente conmigo. Pregunto quién es el oficial general más antiguo. Me informan que es el contralmirante Fernando Alfaro. «Muy bien - digo -, él debe ser designado». Devuelvo los textos para su corrección. En ese instante me anuncian una llamada del presidente del Perú. La recibo, me identifico, saludamos, «vicepresidente - me dice el doctor Alan García -, quiero decirle que cuente con el respaldo total del gobierno y del pueblo peruanos; que la causa de la democracia en el Ecuador es la causa de la democracia en América; que rechazamos el gopismo, etc., etc.». Me desea suerte; le agradezco;

nos despedimos. Acto seguido, nueva llamada; esta vez, del embajador de los Estados Unidos de Norteamérica. A nombre del presidente Reagan (con quien Fernando Rondón me informa que se encuentra en contacto directo y permanente) y en el suyo propio, me expresa su solidaridad y la oferta de toda la ayuda que le solicitemos. Otra llamada; ahora, del embajador en Washington. Con evidente angustia, Mario Rivadeneira me pide informes, datos, etc. y me expresa que permanecerá pendiente del teléfono para realizar cualquier gestión que se requiera. Toma el fono luego el doctor Carlos Julio Emanuel, gerente general del Banco Central, quien se encuentra por coincidencia en la embajada en gestiones de su cargo. La pequeña oficina está virtualmente atestada de altos funcionarios del gobierno.

Son las 11:15 horas; llega mi hijo Rafael Modesto acompañado de su primo el ingeniero Ernesto Espíndola Solah. Me dice que Zeyneb, mi esposa - con quien no he podido hablar en toda la mañana - se encuentra sumamente angustiada. Pido que la llamen de inmediato. Llega en ese momento el economista Alberto Cárdenas Dávalos, gerente ejecutivo del FONAPRE y cordial amigo a quien había pedido le localizaran de urgencia. Comienzo a referirle los hechos cuando irrumpe en la habitación el teniente Esparza y visiblemente agitado y en alta voz exclama: «*Señor vicepresidente, el doctor Dávila dice que el señor presidente quiere hablar con usted*». Sobresalto general. Le pido que se calme y me explique mejor el asunto. Lo hace. El doctor Oswaldo Dávila le ha pedido me informe que el Presidente de la República está tratando de comunicarse desde hace mucho tiempo con la Presidencia (todas las líneas estaban permanentemente ocupadas por obvias razones), sin conseguirlo; que pide se le dejen libres varias líneas o que se intente llamar al número 313514, que es el teléfono de la Base de Taura. Imparto las órdenes correspondientes. Son las 11h25.

Pasan más o menos diez eternos minutos, crece la expectativa. De pronto, suena el teléfono. Es, efectivamente, el presidente León Febres Cordero. Tomo el teléfono y casi le grito a Eugenia que se encuentra algunos metros delante del escritorio: «Ven», y colocando el fono entre su cabeza y la mía, de manera que podamos oír simultáneamente, inicio el diálogo:

«Presidente, ¡qué felicidad oírte!, ¿cómo estás?» Mira Blasco - me dice con voz algo extraña, pero evidentemente suya «dadas las circunstancias, estoy bien. Como comprenderás, la situación es sumamente difícil. Conmigo está el ministro de Defensa, se encuentra también sin mayor novedad». «Me alegro infinitamente» - le digo. «Escucha - me corta - , con estos señores he llegado a un acuerdo que debe

cumplirse exactamente. Ellos me han pedido que ponga en libertad al señor general Frank Vargas Pazzos, y luego de analizar su pedido, he resuelto acceder, de modo que te ruego comunicar esta disposición mía al general Edison Garzón, que está como jefe del Comando, y decirle que, dentro de pocos minutos, saldrá de esta Base el mayor Angel Córdova en un avión Jaguar de dos plazas. Aterrizará en el aeropuerto Mariscal Sucre, en el terminal de la FAE. Debe esperarle un automóvil y conducirlo inmediatamente y con las seguridades del caso, al lugar en que se encuentra el señor general Vargas para que se entreviste con él y le informe los términos del acuerdo al que hemos llegado. Si el general los acepta, debe ser puesto en libertad y conocido hasta el avión del mayor Córdova, quien le traerá acá a la Base de Taura». «¿Cómo dices? - le interrumpo ¿qué lo lleven a Taura?» «Sí hombre, sí» - me dice con cierto tono de fastidio. «Pero... ¿y tú?» - le vuelvo a inquirir. «No te preocupes - me responde - estamos de acuerdo con estos señores en que, tan pronto llegue acá el general, nos pondrán en libertad». «Pero, ¿tú lo crees?» - insisto. «Mira, me han dado su palabra y creo que es lo mejor» - replica - y me pide que le repita las instrucciones que he recibido. Así lo hago y con palabras de afecto concluyo el diálogo, no sin antes decirle que Eugenia le quiere hablar. Dejo el teléfono y me retiro. Con voz algo trémula Eugenia se identifica y le pregunta nuevamente por su estado de salud. Hablan un par de minutos y cuelga el teléfono.

«Ese, no es León»

Ante la expectación angustiada de los circundantes, comienzo a referirles mi conversación con el presidente, cuando Eugenia exclama en alta voz: «Ese no es León» - mientras mueve enérgicamente la cabeza «¿Cómo dices?» - reacciono. «Sí, ese no es León; o el hombre tiene un fusil en la cabeza, porque lo que nos ha dicho es absurdo; él no puede dar esa orden». Me siento desconcertado. Los presentes lo están más aún porque, además, no saben de qué se trata. Les refiero brevemente la conversación que hemos tenido y la orden que debo transmitir al Ministerio de Defensa. Eugenia insiste en que la «supuesta» orden no puede ser obedecida. Que no tiene lógica, que es imposible suponer que León pueda ordenar la liberación de Vargas, «así tan fácil»; que su marido es un hombre de honor, que no es de los que se doblegan, sino de los que «mueren en su ley». El ambiente es de una eléctrica tensión. Nadie se atreve a opinar.

«Perdóname Eugenia - le vuelvo a decir - pero tú misma le escuchaste con absoluta claridad explicar el acuerdo al que ha llegado y la forma en que debemos cumplirlo». «Vuelvo y repito - me replica - el hombre tiene un fusil sobre su cabeza y

trató de decirnos algo diferente, pero no pudo hacerlo». «Y, ¿cómo puedo adivinar lo que realmente quiere que hagamos?» - digo. «Cualquier cosa menos lo que dijo» - sentencia - y anunciándonos que va a hacer algunas llamadas urgentes pasa a la sala de recepción contigua. Nos miramos sin articular palabra durante algunos segundos; luego, cada quien expone su punto de vista en uno u otro sentido. Los escucho con profunda preocupación. Me anuncian que están en la antesala el doctor Fernando Borja y el doctor Leopoldo Cordero con el licenciado Jaime Durán⁽⁴⁾. Ordeno se les haga pasar. Saludos, informaciones, noticias, comentarios. En ese momento, creo que el propio Patricio Quevedo o uno de los abogados de la Presidencia me trae la carpeta con los famosos proyectos de decreto. Los reviso. Nuevamente se suscita la discusión respecto de si debo o no debo firmarlos. Fernando opina que sí; Leopoldo mueve dubitativamente la cabeza; Alberto Cárdenas, firmemente me dice que no. Las razones para que lo haga son más allá de convincentes. Al margen de la imprecisión u obscuridad del artículo constitucional correspondiente, es evidente el riesgo de que mientras más

demore el inicio de la operación militar que podría volverse inevitable, aumenta el riesgo de que se repita el fenómeno de solidaridad concatenada que se dio en la sublevación del general Vargas Pazzos en marzo del año anterior. Habían ya, además, algunos brotes de violencia en las calles: un grupo relativamente numeroso se había atrevido a congregarse frente al Palacio lanzando gritos y denuestos y uno que otro objeto contundente, hasta que fue disuelto con bombas lacrimógenas por la Policía. Pasan los minutos y, de pronto, Eugenia retorna a la habitación. Se coloca frente a mí con los brazos en jarras y exclama: «*Mis hijas dicen que prefieren a su padre muerto antes que cubierto de vergüenza*». No atino a pronunciar palabra. Nadie lo hace. Eugenia continúa explicándonos que ha llamado telefónicamente a todas sus hijas y que todas están de acuerdo en que se debe iniciar la operación militar de inmediato y, de ninguna manera, acatar la «supuesta» orden del presidente⁽⁵⁾.

«Admiro tu entereza, Eugenia, pero insisto que yo no tengo otra opción que la de dar cumplimiento a lo dispuesto por León», le respondo, con algo de inseguridad por el impacto de sus tremendas palabras. Eugenia hace un gesto. «Bueno, si ese es tu criterio, pues, ¿qué vamos a hacer?» Se da media vuelta y vuelve a salir.

⁽⁴⁾ A Leopoldo y Jaime pedí se les invitara a acompañarme. A Fernando le llamó Patricio Quevedo, quien, inclusive, envió un patrullero de la Policía para facilitar su llegada.

⁽⁵⁾ Las conversaciones de la señora Febres Cordero con sus hijas (desde el teléfono el secretario privado Simón Acosta E.) fueron escuchadas por casi toda las personas que se encontraban en la sala de espera, junto a la oficina.

Un hervidero de comentarios queda como resaca. Le ordeno a Alberto Crespo - que permanece junto a mi escritorio teléfono en mano que llame al general Garzón y, en ese preciso momento, las 11h55: «el presidente, llamada del presidente», dice casi a gritos Cecilia Correa, secretaria privada del ingeniero Febres Cordero. «A Eugenia, llamen a Eugenia» - ordeno con vehemencia. Salen a buscarla, llega agitada y presurosa y, en igual forma que en la llamada anterior, tomamos el teléfono juntos, con el auricular de por medio. «¿Qué pasó, Blasco?» - me dice León en tono casi airado. «He llamado al Comando Conjunto y me dicen que no les has transmitido ninguna orden». Trato de justificar lo ocurrido con argumentos que a mí mismo me suenan pueriles, pues sería absurdo decirle cuál fue realmente la razón para no proceder conforme me lo solicitara. «Esto no es un juego, hombre - me dice -, mira que está en peligro la vida de mucha gente. Estos señores van a creer que les estamos engañando y se ponen cada vez más nerviosos. Dicen que se ha ordenado la movilización de tropas, les digo que no puede ser, pero no me creen. El avión del mayor Córdova está listo y sólo esperamos que tú nos confirmes el inicio del operativo que he ordenado para que salga de la Base». Le indico que la supuesta orden de movilización de tropas es absolutamente falsa, que nadie lo ha dispuesto y que ahora que tengo la certeza de que lo que antes me dijera es realmente su voluntad y decisión, voy a proceder en consecuencia. Eugenia se retira de mi lado sin pronunciar una palabra. Considero inútil cualquier comentario y me limito a pedirle a Alberto Crespo que me comunique con el general Garzón.

¿Acatar semejante barbaridad?

Cuando concluyo el relato de mis conferencias con el presidente, el general virtualmente explota: «Pero, señor vicepresidente, *¿cómo cree que podemos acatar semejante barbaridad?* Es un absurdo. Poner en libertad a este hombre que nos ha hecho tanto daño, después de que hemos comprometido el honor de las Fuerzas Armadas para castigarle. No es posible, señor vicepresidente». Le respondo que, independientemente de la razón o sin razón de sus argumentos, se trata de una orden del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y que está en juego su vida y la de su comitiva, en la que se incluyen algunos de los más altos jefes militares. El peso de mis reflexiones parece doblegarle, pero insiste: «Señor vicepresidente, respeto su criterio, pero como el asunto es tan delicado, *le ruego mandarme la orden por escrito*». «General - le replico -, recuerde que soy el vicepresidente de la República». «Pero, señor vicepresidente, comprenda mi situación» - insiste. Intuyo la plena sinceridad de sus palabras y, sin más discusión: «No se preocupe general - le digo en este momento le envió la orden por escrito».

(La actitud del general Garzón, de virtual desacato a la autoridad civil me pareció, empero, explicable dada la confusión reinante y los antecedentes del **Caso Vargas** . Por ello no vacilé en acceder a su exigencia. Luego, me he enterado de los graves conflictos que este serio y pundonoroso oficial tuvo que enfrentar en el seno del Comando Conjunto por la irreductible oposición de algunos de sus compañeros a la insólita - para ellos - disposición del Presidente de la República. Uno de ellos (el general Pavón, según se me ha informado) habría dicho: «De qué presidente estamos hablando. El ingeniero Febres Cordero en este momento es un rehén; no puede actuar con su criterio ni su voluntad, sino obedecer a sus captores». Otros habrían coincidido en que acatar la orden de libertad para el general Vargas significaba una afrenta para la institución armada después de que se les había obligado a enfrentar al Congreso, al Tribunal de Garantías Constitucionales y a la misma opinión pública con la tesis de que *«la traición de Vargas y la sangre derramada por su culpa no se podían perdonar jamás».*)

Cuelgo el teléfono y pido que venga Cecilia Correa. Procedo a dictarle la orden. La transcribe de inmediato y me la trae. La reviso y pido que hagan lo propio Luis Robles, Patricio Quevedo y Charlie Pareja⁽⁶⁾. Lucho me hace notar que sería conveniente precisar el sentido del acápite cuarto en relación con el tercero. Alguien hace una broma al respecto. Corrijo de puño y letra el texto. Lucho Robles me sugiere que saque copias adicionales del documento. Así se hace. Me pide que le entregue una, la dobla cuidadosamente y se la guarda en el bolsillo interior de su chaqueta. Ahora se trata de cómo enviar el documento a su destinatario. Tiene que ser un *correo...* muy especial. Por fortuna está presente el mejor posible: Fernando Borja, por su amistad personal con el general Garzón y su relación permanentemente cordial con todos los jefes militares. Fernando acepta gustoso y, resuelto el problema de con quién y cómo, sale del despacho con el precioso papel a cuestas⁽⁷⁾.

Son las 12h30. Quince minutos antes, mientras me hallaba en los trajines de la redacción y envío de la orden para el general Garzón, se produjo un suceso

⁽⁶⁾ Ministro del Interior, Secretario General de la Administración y Secretario Privado del presidente, respectivamente.

⁽⁷⁾ Como apunte anecdótico, o más bien humorístico, cabe señalar que, por disposición de Eugenia Febres Cordero (pero claro, por iniciativa de alguien de menos cuantía, de esos que son aptos para esta clase de manifestaciones de lealtad), una comitiva de muy conspicuos personajes: el doctor Iván Gallegos Domínguez, ministro de Educación y Cultura, y el licenciado Camilo Ponce Gangotena, director nacional de las Unidades Ejecutoras, entre otros, fue enviada detrás del vehículo que condujo a Fernando Borja al Ministerio de la Defensa para constatar que la orden del presidente era debidamente comunicada. Esto permitió que caballeros de tan probada lealtad al ingeniero y su esposa se cercioraran, de paso, de la renuencia de los jefes militares (incluida una numerosa delegación de la Academia de la Guerra) para dar cumplimiento a las insólitas disposiciones del presidente secuestrado.

conmocionante: en la pantalla del sistema Ecuavisa apareció un oficial de la Fuerza Aérea, en uniforme de vuelo, que se identificó como el *capitán John Maldonado* y, entre reiteradas profesiones de su fe cristiana y su espíritu militar, expresó que el problema que se había suscitado lo estaban arreglando *«por las maneras más pacíficas»*, por lo que no debía ordenarse la movilización de ninguna de las unidades para no agravarlo y, más bien, *«imploremos a Dios que nos ayude a resolverlo de la mejor manera posible»*.

Me parece que es el momento de realizar una gestión que estimo de suprema importancia: devolver una llamada del presidente del Congreso, licenciado Andrés Vallejo Arcos, que se recibiera en la Secretaría hace más de una hora. Me comunican con él. Inicialmente en tono muy formal, luego con la relativa familiaridad de trato que hemos usado durante nuestra larga trayectoria de políticos en permanente discrepancia, le informo detallada y exactamente sobre el desarrollo de los acontecimientos y la situación actual. Me expresa su preocupación por los graves riesgos que se ciernen sobre el sistema democrático por la carencia de autoridad civil y, ante mis argumentaciones en el sentido de que, mientras no se esclarezca la posición de los mandos militares, resulta prematuro tomar ninguna determinación, terminantemente, me dice: *«Mire Blasco, estoy aquí en mi despacho con nuestro común amigo, Germán Carrión Arciniegas, presidente de la Corte Suprema de Justicia, quien me encarga expresarle su total solidaridad y los dos coincidimos en que usted debe asumir la Presidencia. Es más, entre los numerosos legisladores que se encuentran en el Palacio, le diría que hay unanimidad al respecto»*.

Le encargo mi agradecimiento para Germán por sus expresiones y, respecto del álgido tema que me ha planteado, le digo que voy a meditarlo tan serenamente como me sea posible. *«Sí, pero que también sea lo más rápidamente posible»* - acota. Le digo que así lo haré. Comento lo tratado con las personas que están en el despacho y, nuevamente, se discute los pros y contras de la decisión pendiente. Pongo punto final al pequeño debate con un argumento que me parece indiscutible: debo esperar la reacción del Comando a la misiva enviada al general Garzón. En eso, una nueva llamada del señor Antonio Granda Centeno. Me hace conocer informes que ha recibido sobre movilizaciones militares y diferendos en el Alto Mando y, por tales razones, me insiste nuevamente en la necesidad de que suscriba los decretos asumiendo el Poder y declarando el estado de emergencia (por cierto, está enterado de todo lo que ha sucedido en el Palacio Presidencial). Le agradezco su patriótica y amistosa colaboración y le digo que únicamente espero la respuesta del general Garzón para decidir en consecuencia.

A las 13h05 un nuevo sacudimiento: Ecuavisa, con imágenes fijas (sobre el fondo de películas filmadas durante esa mañana) difunde un nuevo mensaje dicho por una voz pausada y clara (que luego se supo era la del mayor Angel Córdova) en los siguientes términos: *«Repito una vez más el planteamiento de quienes están al frente de este movimiento y quiero, antes de repetirlo, poner en claro que ellos no buscan ninguna cosa especial para ellos, sólo están pensando en que su obligación es ésta y yo, por mi parte, la respeto. El planteamiento es que el señor general Frank Vargas Pazzos, ex-comandante de la Fuerza Aérea, sea puesto en libertad y se garantice que su vida esté amparada bajo los preceptos de nuestra Constitución. Que él pueda libremente salir y exponer sus cosas ante la faz del público, la faz del Ecuador. Ellos desean eso y además, como están convencidos de que eso no lo están haciendo por nadie ni lo están haciendo por ganar alguna cosa, solicitan comedidamente que se entienda que se garantice también la seguridad propia de ellos, porque todos somos ecuatorianos, todos vestimos un uniforme los que hacemos las Fuerzas Armadas, pero no dejamos de ser ecuatorianos, más bien, muchas veces lo sentimos más. Comprendamos estas cosas y velemos por la paz de nuestra República».*

No han transcurrido cinco minutos cuando nueva alerta del mismo sistema de televisión y aparece la imagen fija del ingeniero León Febres Cordero, como ilustración de su voz que, en tono entre levemente trémulo y deliberadamente lento, dice lo siguiente:

Al pueblo ecuatoriano, que se mantenga tranquilo. A mi familia y a las familias de aquellos que me acompañan en estos momentos, que creo que todos estamos bien. Puedo dar fe del ministro de Defensa, que está al lado mío y de mi integridad física. A los mandos militares les he dado instrucciones a través del ministro de Defensa Nacional, las mismas que han sido pasadas ya al Ministerio de Defensa por la vía telefónica, de que se paralice toda movilización militar, las mismas que están sujetas a órdenes del señor ministro de Defensa⁽⁸⁾.

⁽⁸⁾ En la grabación original que el canal no sacó íntegramente al aire (al concluir el mensaje del presidente), se escucha la voz confusa de alguien que seguramente le felicita porque el ingeniero Febres Cordero responde: «No, señor, no me felicite hasta que sepamos que el señor general Vargas ha salido en libertad». «Muy agradecido... jefe», se oye otra voz y Febres Cordero le responde «No me agradezca señor». La grabación fue efectuada a las 11:00 horas por el equipo que acompañó a la reportera, señorita María Teresa Arboleda (que desempeñaría aquel día un papel verdaderamente histórico con admirable capacidad profesional), a petición «según lo afirmó después – el capitán Maldonado, del propio presidente Febres Cordero». Del tenor de su mensaje se intuye que el Ministro de la Defensa se había comunicado telefónicamente con el Alto Mando Militar (presumiblemente con el propio general Garzón), antes de que se me informara oficialmente sobre lo acontecido en Taura y se me invitara a trasladarme al Ministerio de la Defensa. Sin embargo, nada de esto se me informó. ¿Por qué y para qué? Algún día lo averiguaremos.

«Presidente es el que usted tiene a su lado»

Segundos antes de las 13h00, nueva llamada de Taura. Es alguien con acento costeño que no se identifica y dice en tono imperativo: «El presidente quiere hablar urgente». Se acerca León: «¡Qué fue Blasco! Supongo que ya estarán haciendo lo que ordené». Le digo que todavía no y esto lo exaspera. «Mira, me dice, parece que no se logra entender cómo están las cosas por aquí. El mayor Córdova está a punto de decolar y no se ha hecho nada. Esto no puede ser». Calmada pero firmemente le explico los pasos que he dado y la certeza que tengo sobre el acatamiento de sus disposiciones por parte de los jefes militares. Cerramos, con mi ofrecimiento de llamarle tan pronto se organice el operativo de recepción al mayor Córdova.

Los minutos transcurren lentamente, mientras atiendo un desfile continuo de funcionarios y amigos que acuden por noticias o a manifestarme su adhesión. A las 13h20 llega Fernando Borja. «¿Qué pasó?» «Nada Blasco, Edison y, más que él sus colegas, se *niegan terminantemente a liberar a Vargas*». Sobresalto consiguiente en todos los que le escuchamos. Me describe gráficamente la entrevista: cómo le dio el mensaje, la respuesta inicial, las discusiones, los argumentos, los temores, la indignación general, etc., etc. y, por último, el ofrecimiento de que, *por lo menos*, se acataría lo relacionado con la recepción al mayor Córdova.

Considero que es indispensable insistir al general Garzón el cumplimiento exacto de lo que le ha sido ordenado. Le llamo. Al comienzo en tono casi áspero pero luego con mayor cordialidad, dialogamos por varios minutos: «Nuevamente le ruego comprender mi situación, señor vicepresidente. Claro que soy la máxima autoridad en las Fuerzas Armadas en este momento, pero no puedo ordenar a riesgo de que no se me obedezca» - argumenta - y abunda en razones que, sin duda alguna, son lógicas para sustentar su posición. Al fin, ante mi categórico: «sea lo que sea, general, usted responderá por las consecuencias de este desacato», me reitera, con mil excusas, que ha dado la orden para que se reciba al mayor Córdova conforme ha sido dispuesto. Cuelgo el fono y acto seguido me comunican nuevamente con Taura. Son las 13h35.

«Precisamente en este momento estaba tratando de comunicarme contigo, porque el aparato del mayor Córdova está esperando en la pista» - me dice León con voz de notorio alivio. Le informo brevemente que todo ha quedado debidamente resuelto y que sólo se espera la llegada del mayor Córdova para dar los pasos siguientes. Con un efusivo agradecimiento: «mijo» - el primero de la jornada concluye la conferencia.

La tozuda resistencia del jefe de Estado Mayor del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas tuvo, en ese momento - según conocí tiempo después - un motivo adicional. La señora Eugenia de Febres Cordero, momentos después de que saliera del despacho presidencial expresándome su total oposición para el acatamiento de las órdenes que su marido había impartido - según ella, bajo la amenaza de un fusil en la cabeza - llamó por teléfono (además de a sus hijas, para los fines que han quedado relatados) al contralmirante Fernando Alfaro quien - según conozco - había entendido aquello de que: «*Ese no es León*», como la sospecha de que alguien estaba fingiendo ser el presidente e imitando su voz para impartir las órdenes materia de controversia. Con tal preocupación se pidió al servicio de inteligencia verificar la sospecha. Esto dio resultados negativos, pero demoraron lo suficiente como para agravar el clima existente en la oficina del Alto Mando militar.

En los minutos siguientes recibí una nueva llamada del presidente del Congreso para inquirir sobre novedades y darme a conocer que a las 17:00 horas tendría una reunión *informal* con todos los legisladores que concurrieran y que posiblemente convocaría a Congreso Extraordinario porque «la presión de los legisladores es tremenda». Añadió luego: «¿Y qué ha resuelto, Blasco?». Respondí que nada todavía, porque estábamos en el trance más complejo y delicado y tenía la esperanza de que no fuera necesario tomar ninguna medida extrema, por lo tanto, asumir la Presidencia no era algo que cabía decidir en ese momento. «Yo no veo la cosa tan sencillamente - replicó -, es su responsabilidad pero, si quiere un consejo, le repito lo que le dije anteriormente». En el mismo sentido se pronunciaron una decena de amigos y funcionarios del gobierno que, así en el despacho como telefónicamente, me hicieron conocer su criterio categóricamente favorable a que tome la tremenda decisión por largas horas postergada. En ese tenor, algo después de las 14h30, nueva llamada del presidente. «¿Qué pasa señor vicepresidente?» - el tono no sólo es formal, sino de evidente disgusto. «Me dicen que no le han llevado al mayor Córdova al Cuartel Epiclachima como se había acordado, sino al Ministerio de Defensa». La noticia me toma de sorpresa. «Este momento llamo para averiguar qué ha pasado» - le contesto - y le sugiero que deje la línea abierta para no demorar la comunicación. Nuevo mini-debate con el jefe de Estado Mayor. Me cuenta que el avión en el que llegó el mayor Córdova sufrió un desperfecto (se le bajó una llanta en la pista de carreteo), y me confirma el porqué del cambio de destino de tan importante emisario. «Es que, señor vicepresidente, ¿cómo le podíamos reunir con el general Vargas sin saber qué se propone ni qué le iba a decir?» - argumenta - pero ante mi airada protesta concluye con la promesa de que, «máximo en treinta minutos más se hará lo que el señor presidente quiere». Tomo

el teléfono que sigue en comunicación con Taura. León no está en la línea, habla alguien con voz algo ruda y acento costeño que me inquiera «¿por qué el general Vargas no ha sido enviado a Taura?».

Le explico en síntesis lo que ha sucedido omitiendo, naturalmente, el porqué de la *invitación* al mayor Córdova al Ministerio de Defensa. «Mire, señor *PRESIDENTE*» - me dice y añade que no están dispuestos a «aguantar más engaños» y que si «máximo en una hora» no llega el general Vargas a la Base, van a «tomar otra clase de medidas». «*Un momento - le corto -, primero, yo soy el vicepresidente de la República; el presidente es el que usted tiene a su lado. Segundo, ustedes deben saber que no tienen otra salida que la de garantizar su vida, porque de lo contrario no habrá piedad nacional ni internacional para ustedes. Todos los dirigentes políticos nacionales se han pronunciado así y todos los presidentes de América y cuatro de Europa me han llamado para expresar su solidaridad y han condenado ante el mundo el hecho cometido por ustedes. De modo que mucho cuidado con lo que hacen. No les queda otra alternativa que garantizar la vida del presidente y su comitiva y cumplir exactamente con su compromiso*». Añado que tal cosa se hará, pero no en el plazo perentoriamente absurdo que me han puesto, porque eso es imposible. Les hago notar cuánto demora el viaje de Quito a Latacunga por tierra (Vargas había sido enviado allá) y cuánto por avión de allí a Taura, más todas las complicaciones que demanda una movilización tan compleja. Concluyo: «Háganme el favor de portarse cuerdos y serenos». Mi interlocutor cambia de actitud y propone ampliar el plazo hasta las 16:00 horas; le digo que, por lo menos, hasta las 16h30. En eso quedamos. Se acerca luego el ingeniero Febres Cordero, quien ha seguido el hilo de la conversación e inclusive ha podido escucharme, esto deduzco por la tonalidad de voz que emplea ya que le noto mucho más tranquilo y tan amable que concluye con un «gracias mijo» (el segundo de la jornada), que me suena conmovedor.

Te ruego, si aún sigo siendo presidente

Suspiros de alivio. Todo parece caminar derechamente y sólo resta tener un poco más de paciencia. Son alrededor de las 15h30 cuando recibo una nueva llamada del general Edison Garzón. Largo preámbulo sobre las *dificultades, riesgos y problemas* que entraña ejecutar el acuerdo del Presidente de la República, sobre todo, por «*la posibilidad de que Vargas Pazzos se nos tome la Base*» y la propuesta de una alternativa de solución al problema: que consiga un país que le conceda asilo. Replico, argumento, pero termino aceptando la sugerencia. Creo que el mismo general Garzón me insinúa la Embajada de Venezuela por el antecedente de los estudios y actividades profesionales realizados por el excomandante de la Fuerza Aérea en

ese país hermano. Llamo pues al embajador, mi dilecto amigo y gran caballero, doctor Luis Rodríguez Malaspina quien horas antes se había ya hecho presente a nombre propio y en del presidente Lusinchi para manifestar su solidaridad irrestricta. Hecha la petición, «mira - me dice -, por mí, no vacilaría en darte mi respuesta afirmativa, pero comprenderás que, dada la delicadeza del caso, debo consultar a mi presidente. Como tengo su teléfono directo (me pide que lo anote), te daré una contestación oficial en pocos minutos más». Agradezco su gentileza y... a esperar. Pasan algo menos de veinte minutos y llega la respuesta: «El presidente Lusinchi acepta que se le conceda asilo al general Vargas, pero inmediatamente después de que el presidente Febres Cordero sea liberado sin condición alguna». Le expongo mis dudas respecto de que la propuesta sea aceptada, pero agradezco el noble gesto de Luis y del ilustre mandatario de su patria. Ahora, luego de informar al general Garzón, debo plantear la alternativa a los Comandos. El general recibe con escepticismo - que comparto - la noticia y me pide tratar de que los secuestradores accedan. Llamo. La respuesta, como lo esperaba, es frontalmente negativa y es el propio ingeniero Febres Cordero quien me lo dice en términos verdaderamente dramáticos y que son recordados casi textualmente por el sociólogo Guido Zambrano, quien proseguía sentado frente a mi escritorio junto al economista Francisco Swett. Estas son sus palabras: *«En otra de las llamadas que se realizaron de Taura el presidente León Febres Cordero le indicó al doctor Peñaherrera que, si él seguía mandando, debían hacerle caso para evitar una masacre; que el Frente Militar diera las facilidades al coronel (sic) Córdova y que se entregara a Frank Vargas. Dieron el plazo de una hora y sin ninguna condición. El vicepresidente dijo por el auricular: Ahora tengo perfectamente clara la situación, presidente. Tus instrucciones serán cumplidas»*⁽⁹⁾.

La exasperación de los comandos y la vehemencia del ingeniero Febres Cordero tenían un motivo adicional: en Taura se habían enterado, según refiere en su libro el capitán John Maldonado (pág. 127) «que el general Vargas había sido sacado del Cuartel Epiclachima y llevado con rumbo incierto». El mismo Maldonado refiere que «fue entonces cuando apareció en escena el cabo Pedro Dimas Loor o 'Zambo Colorado', como se le conoce ahora, a quien el presidente expresó, con lágrimas en los ojos, que por favor no le deje enfrentarse al general Vargas, que les ofrecía a él y a todos los comandos de Taura, toda clase de garantías, si tan sólo le permitían

⁽⁹⁾ De lo que yo recuerdo, el ingeniero me dijo: «Mijo, pero entonces, soy o no soy el presidente de la República». «¿Por qué me lo preguntas, León? Claro que lo eres» - le repliqué. «Entonces, ¿por qué no se acata lo que yo ordeno, hombre? -espetó y añadió: Mira, esto es un caos, quisiera que los escuches. Dicen que nos van a comenzar a matar dentro de media hora si no ponemos al general Vargas aquí y ustedes siguen pensando en hacer otras cosas. Te ruego de una vez por todas hacer lo que aquí hemos acordado con estos señores.»

salir del país. El cabo Loor le respondió que no necesitaba ninguna garantía, porque él consideraba que no era su problema, que se arregle con el general Vargas y que cumpla el plazo que los comandos le habían impuesto. Apenas salió el comando Loor de las oficinas, el ingeniero León Febres Cordero pidió el teléfono y se comunicó con la Vicepresidencia (sic). *Los términos desesperados con los que se expresó, preguntando a su interlocutor si aún seguía siendo el presidente, prácticamente rogando que se cumpla el pedido que había hecho temprano, todo eso fue exactamente a raíz de la intervención del cabo Loor»* (págs. 127 y 128).

Iré, pero como presidente para ordenar, no como recadero

Apenas cuelgo el teléfono y mientras medito en la tremenda complejidad de los momentos que estamos viviendo, Polo Cordero, que había salido hace unos momentos del despacho, retorna y me pide hablar privadamente. Voy con él a un extremo de la habitación. Me dice que ha recibido una llamada de un amigo de entera confianza miembro del Parlamento, quien le ha informado que una numerosa comisión de legisladores, *prácticamente de todos los partidos políticos*, quiere entrevistarse conmigo para pedirme que asuma la Presidencia, o, si yo lo deseo, *lo que sería mucho mejor, me traslade al Palacio Legislativo con el mismo propósito*. «Polito - le respondo - *diles que les agradezco sus conceptos y su decisión pero que jamás haré lo que me solicitan. Y con toda delicadeza, pero terminantemente, diles que nada tengo que hablar con ninguna comisión de legisladores mientras el presidente no se encuentre definitivamente a salvo, porque esa es ahora mi única preocupación*». Polo se retira a cumplir con mi encargo. Pido, por enésima vez me comuniquen con el general Edison Garzón. Él sabe ya⁽¹⁰⁾ que la opción del asilo está definitivamente cerrada, pero insiste en plantearme mil y unas dificultades y, por fin: *Señor vicepresidente, más bien, ¿por qué no viene usted al Ministerio para analizar tranquilamente la situación y resolver lo que mejor convenga?* Le digo que da igual que tratemos el asunto por un medio expedito como el teléfono y que nada ganaríamos con nuevas discusiones si prácticamente «ya no hay tiempo para nada»; pero, como insiste en su invitación y no veo otra salida, le respondo secamente: *«Está bien; voy en unos minutos más»*.

Corto la comunicación y dirigiéndome a Patricio Quevedo, Carlos Pareja, Fernando Borja y Leopoldo Cordero que están en grupo frente a mí, les digo: *«Insiste en sus objeciones y en su renuencia a acatar las órdenes que le he transmitido y me invita a*

⁽¹⁰⁾ Luego de mi llamada, según refiere el capitán Maldonado (pág. 128), el general Garzón se comunicó con Maldonado y le informó «que el Comando Conjunto no quería acceder a la libertad del general Vargas, que proponía darle al general Vargas asilo en la embajada de Venezuela». Transmitida la información, tanto los comandos cuanto al presidente, «éste habló con el mayor Córdova y le expresó que por favor se cumpla con lo establecido en la mañana».

dialogar en el Ministerio. Creo que no tengo más remedio que ir pero no puedo hacerlo en condición de simple recadero, sino con capacidad para ordenar. Patricio, te ruego me traigas nuevamente los proyectos de decreto». Me vuelvo al escritorio. Gestos de alivio y complacencia en unos, de preocupación en otros. Pasan dos o tres minutos y Patricio llega con la famosa carpeta. Comienzo a revisar los textos una vez más cuando Eugenia de Febres Cordero aparece por la puerta de la antesala oriental, se acerca al escritorio y me dice: «Ven un momento, quiero pedirte un favor». Me retiro con ella algunos pasos. «Lucho, Patricio, Charlie y yo queremos pedirte algo muy importante, pero en privado». «Encantado Eugenia» - le respondo. Entonces ella, dirigiéndose a todos los que en ese momento se encuentran en la oficina, dice en voz alta: «Señores, queremos hablar de un asunto, a solas, con el señor vicepresidente, así que les ruego salir. Nos quedamos sólo el ministro de Gobierno, Patricio, Charlie y yo». Todos obedecen de inmediato, menos Alberto Cárdenas, Alberto Crespo y Santiago Sánchez, que me preguntan: «¿Salimos o nos quedamos?» «Se quedan», les digo. Alberto Crespo y Santiago Sánchez se retiran de cerca del escritorio y se sientan frente a mí, junto a Alberto Cárdenas. Eugenia, Lucho, Charlie y Patricio forman un círculo el extremo derecho. Patricio Quevedo toma la palabra. *Mira Blasco - dice - creemos que tú tienes pleno derecho para tomar la resolución que nos has anunciado. Es más, creemos que tienes sobra de razón para hacerlo; que tal vez no hay otra alternativa. Sin embargo, queremos que medites en la situación en que se encuentra el presidente. Si deja de ser tal, pierde su mejor defensa, queda absolutamente inerme en manos de gentes alteradas que le odian».* «Pero, Patricio - le interrumpo - tú sabes, ¿por qué y para qué he resuelto asumir la Presidencia? Es, precisamente, para salvar al presidente, para imponer el acatamiento de sus órdenes». «Sí, pero una cosa es tener como rehén al presidente y otra al ingeniero Febres Cordero» - dice Charlie y Eugenia añade: «Sí, Blasco, el seguir siendo presidente es el único escudo que tiene el hombre». Miro su rostro contraído por la angustia y sin vacilar un instante, digo. «Ni una palabra más. No lo haré. No se preocupen. Creo que tienen razón».

Acto seguido le pido a Patricio que proceda a organizar la rueda de prensa que está convocada desde el mediodía, porque se me acaba de ocurrir un recurso de presión que puede ser tan eficaz como el asumir el Poder para lograr que se obedezcan las órdenes del presidente secuestrado.

Mientras se apresta la rueda de prensa hago un paréntesis para dialogar en la sala contigua con los diputados: licenciado Rogelio Valdivieso Eguiguren, Pedro Arturo Zambrano y Pedro José Arteta (a los que se agrega, momentos más tarde, el economista Nicolás Lapentti), sobre las graves circunstancias que estamos viviendo. Todos están preocupados (como lo recuerda el sociólogo Guido

Zambrano Castillo que, con «olfato» de periodista, se había ubicado disimuladamente en la sala) por la posibilidad de que «el vacío de poder» que estiman se ha producido pueda propiciar algún acontecimiento de «nefastas consecuencias». Soslayo el requerimiento implícito de semejante planteamiento y, ante la noticia que nos trasmite Nicolás Lapentti sobre la convocatoria a una «reunión informal» del Congreso y su vehemente sugerencia de que los «diputados del gobierno» hagan acto de presencia en la misma, respaldo la iniciativa y les encarezco que se trasladen al Palacio Legislativo. Me despido y retorno al despacho presidencial. Mi mayor preocupación en ese momento es la inconcebible demora para el inicio de la rueda de prensa que había dispuesto hace casi una hora. Al fin, luego de reclamos casi airados, se me informa que «todo está listo» ⁽¹¹⁾.

Bajamos a la Sala de Prensa. Mientras desciendo la escalinata hago acopio de mi máxima capacidad humana (e invoco el favor divino con el ingenuo fervor de los lejanos días juveniles) para mantenerme lúcido, ecuánime y sereno. Llego a la sala atestada de redactores, cronistas, camarógrafos, fotógrafos y los curiosos infaltables. Tomo asiento, flanqueado por Patricio Quevedo y Alberto Crespo y, sin más preámbulo, expreso lo siguiente:

«Me van a disculpar la demora de esta rueda de prensa, pero ustedes comprenden la complejidad de los momentos que vivimos y la necesidad de presentarme ante ustedes con informaciones fidedignas y, en lo posible, completas porque, en primer término, es convencimiento del Gobierno Nacional el de mantener a la opinión pública debida y verazmente informada.

«Mis primeras palabras sean para expresar a los medios de comunicación social mi homenaje de admiración y mi gratitud de funcionario por la conducta equilibrada y serena que han mantenido en estos duros momentos.

«Alguna experiencia anterior en que desgraciadamente el uso de la libertad condujo a determinadas exageraciones que pusieron en riesgo la existencia misma de la institucionalidad democrática, creo que ha sido muy útil para que ahora los amigos, los colegas, los compatriotas de la prensa nacional, dicho con esta palabra los medios de comunicación colectiva de todos los órdenes, actúen como han actuado. Les reitero mi homenaje de gratitud.

⁽¹¹⁾ Tiempo después me enteré - y tengo testimonios irrefutables- de que tan inconcebible demora no a la ineptitud de los responsables de la Sala de Prensa de la presidencia sino -¡cosa increíble!- a la oposición de unos cuantos mentecatos y lameplatos de Palacio que opinaban que era «inconveniente» (no sé para qué ni para quiénes?) que el «apareciera en cadena nacional».

«Asimismo, a los ex-presidentes de la República, Galo Plaza Lasso y doctor Osvaldo Hurtado Larrea, la expresión de mi reconocimiento por sus pronunciamientos tan claros y tan firmes en defensa de lo que más cuenta: la Nación ecuatoriana, tan íntimamente ligada a la posibilidad de una existencia civilizada, de una convivencia civilizada, de un régimen democrático.

«Lo propio al señor presidente del Congreso Nacional y al señor presidente de la Corte Suprema de Justicia, con quienes me he mantenido en permanente contacto y a quienes he informado minuciosamente, precisamente, de todos los detalles, de todos los pasos que se han dado en este proceso.

«En cuanto a la información sobre lo acontecido, sólo me resta añadir que el señor Presidente de la República, ingeniero León Febres Cordero, con quien he tenido frecuentes diálogos telefónicos, pesando lo que más debe pesar en la balanza de la justicia de un magistrado, no permitirá, bajo ningún punto de vista, que se vuelva a derramar sangre ecuatoriana, que se produzca un nuevo enfrentamiento armado cuyas consecuencias serían nefastas para la existencia misma de la Nación ecuatoriana; no para la de un gobierno cualquiera, éste u otro, para la existencia misma de la Nación ecuatoriana y, por lo mismo, ha tomado la decisión de disponer que se ponga en libertad al general Frank Vargas Pazzos, que se acepte el requerimiento de los secuestradores y amotinados en la Base de Taura y que el general Vargas sea trasladado a dicha Base.

«Al Presidente de la República le interesa, sobre todo, la integridad física de su comitiva, de sus amigos y colaboradores que le acompañaron en este viaje y lo están acompañando en este martirio. Esta orden del señor presidente que yo la he transmitido en forma adecuada y apropiada al señor general Edison Garzón, quien está a cargo del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, repito, se está ejecutando.

«Naturalmente, no es fácil de cumplir. Tienen que darse determinados pasos, cada uno de los cuales están en gestación, en realización.

«Aspiramos a que la compañía de destacadas personalidades del país, una, dos, tres, no podría precisarlas en este momento, en el avión en que se trasladará al general Vargas, sea garantía suficiente como para que los captores del Presidente de la República se comporten como seres civilizados.

«Tuve un diálogo con uno de ellos, cuyo nombre no me fue dado y le manifesté algo que también tiene trascendencia definitiva: el pleno apoyo, total, que la opinión pública internacional está dando al orden constitucional en el Ecuador y al presidente Febres Cordero.

«Personalmente he recibido una llamada, a muy temprana hora, del señor presidente Alan García del Perú, quien me ha manifestado que lo sucedido con el presidente Febres Cordero es un atentado contra la democracia latinoamericana.

«Las mismas palabras me las ha hecho llegar, a través del embajador, el señor presidente de Venezuela, el doctor Lusinchi, quien ha ofrecido incluso la sede de la Embajada para que sea trasladado a ella el señor general Frank Vargas, a condición de que se libere previamente al presidente Febres Cordero.

«Igual pronunciamiento del presidente de Colombia, del gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, del gobierno de su majestad británica y de todas las naciones civilizadas del orbe, de todos los pueblos, sin distinción alguna.

«Esto es reconfortante porque estoy seguro que servirá para que quienes perdieron el control de sí mismos y actuaron de la manera que actuaron en la Base Aérea de Taura, reflexionen en el sentido de que no habrá clemencia internacional para una actitud incivilizada, en caso de producirse posteriormente ésta y que esa opinión internacional acompaña a los ecuatorianos, a los que pensamos que tenemos que defender el futuro del país por encima de cualquier otra consideración.

«Señoras y señores, es cuanto debo informarles. Les ruego considerar las circunstancias y disculparme si es que no respondo a preguntas específicas, salvo tal vez algunas en las que se pongan de acuerdo ustedes y las consideren fundamentales para esclarecer las cosas».

(Las preguntas no se escuchan en la grabación, pero se pueden deducir de mis respuestas.)

- La única exigencia planteada por los captores del señor Presidente de la República es ésta: la libertad inmediata del general Frank Vargas Pazzos.

- Este es el momento en el que hay que restablecer la paz, restablecer, diría yo, un clima de fraternidad nacional; no podemos pensar en castigo ni mucho menos, sino en comprensión, en encontrar fórmulas para salir de este percalce.

- Previamente a la llegada del general Frank Vargas a la Base Aérea de Taura, será puesto en libertad el señor Presidente de la República. Se trasladará a Guayaquil, puesto que es más lógico por las circunstancias.

- El Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, los jefes de Ramas Militares están en el Ministerio de Defensa Nacional.

- El general Vargas Pazzos será puesto en libertad, obviamente dentro del país, puesto que va a ser conducido a la Base de Taura.

- Siempre es hora para rectificar los errores y para pensar en ellos, más aún en una hora como la actual.

- Estaba olvidando y pido perdón porque no cabe que olvide algo tan importante, como es el pronunciamiento del Tribunal de Garantías Constitucionales, un pronunciamiento irrestricto, franco y abierto de respaldo al orden jurídico, como no podía ser de otra manera, que lo aprecio y lo agradezco.

- Yo creo que, pese a lo episódico, la gravedad de lo ocurrido nos debe invitar a reflexionar a todos, a todos los ecuatorianos - como le escuché decir al señor Galo Plaza Lasso - en un sentido dialéctico de la vida, para encontrar el resultado positivo, la antítesis de lo ocurrido, que tiene que ser, precisamente, la cimentación del orden constitucional.

- Repito que lo acordado es que el señor presidente Febres Cordero sea puesto en libertad y que acto seguido aterrice el avión que conduce al general Frank Vargas Pazzos en la Base Aérea de Taura. Supongo que esto ocurrirá en las próximas horas.

- *No hay estado de emergencia, hay estado de conciencia. No hay censura, hay autocensura.* Esto es lo que tienen que hacer las radioemisoras, por su propia iniciativa, por su propio deber. Yo no creo que es necesario imponer una orden porque las órdenes no se cumplen cuando no son debidamente aceptadas. Estoy seguro que no hay necesidad de eso. No conozco las radioemisoras clausuradas, pediré informes al Ministerio de Gobierno.

- Yo no soy presidente encargado, no estoy encargado de la Jefatura del Estado. Yo soy vicepresidente de la República y en esa condición les hablo. Mil y mil gracias.

Las doscientas o más personas - periodistas de todo el país y casi del mundo entero - que se apretujaban en el estrecho local de la Sala de Prensa y quienes, por su intermedio, conocieron lo ocurrido, recuerdan algo insólito: cuando concluí mi intervención, un sonoro, largo y fervoroso aplauso cerró mis palabras. Hago esta referencia no porque considere que fue un premio a la calidad de mi exposición, sino porque fue una especie de testimonio de algo mucho más importante: *la credibilidad de mis palabras*. Y eso era lo que más me importaba. Luego, algo también de idéntica trascendencia: el efecto de mi intervención en la Jefatura Militar, que eso fue precisamente lo que me propuse. Al ingresar al despacho presidencial, el general Edison Garzón me esperaba al teléfono: «Señor vicepresidente, quiero decirle que las disposiciones que usted me había comunicado se están cumpliendo exactamente. El general Vargas saldrá en el Beechcraft del comandante general del Ejército desde la Base Militar de Latacunga en dirección a la de Taura con instrucciones de esperar la liberación del señor presidente para permitir que abandone la nave al general Vargas. Que Dios nos ayude, señor vicepresidente»⁽¹²⁾ Una indescriptible sensación de alivio invadió todo mi ser. Debo haberla puesto de manifiesto (como ocurre con todas las emociones que me embargan) porque, los diez o doce amigos que se encuentran en el despacho irrumpen en un sonoro aplauso aun antes de que les refiera la conversación que acaba de concluir. Es que todos, en medida o forma diferente, habían vivido la tensión, la angustia y la incertidumbre de las últimas casi ocho horas durante las cuales la vida del Presidente de la República (e impredecibles consecuencias para el país) dependía del acatamiento a las órdenes que impartía, por mi intermedio, un jefe de Estado sometido a la voluntad de sus captores. La solución - absurda para unos, inevitable para otros - implicaba, en todo caso, el término de la angustia y la incertidumbre.

«León lo va a esperar pistola en mano... »

El problema, empero, no había quedado, ni mucho menos, resuelto. Surgía ahora una nueva dificultad, un tremendo riesgo. ¿Qué iba a suceder cuando el general Frank Vargas Pazzos llegara a la base de Taura, no sólo por la posibilidad de que repitiera la hazaña de marzo de 1986, sino, sobre todo, por la de que pudiera

⁽¹²⁾ El énfasis que puse al informar que la orden «del señor presidente» la había transmitido, «en forma adecuada y apropiada, al señor general Edison Garzón, quién está a cargo del Comando Conjunto de la Fuerzas Armadas» significó descargar la responsabilidad del acatamiento en las autoridades castrenses, no sólo ante el país, sino ante el mundo entero. El resultado fue automático y efectivo.

provocar un enfrentamiento personal con Febres Cordero? Eugenia dijo: «León lo va esperar pistola en mano y, el otro, ya sabemos de lo que es capaz». Mentalmente me hice la idea de unos de esos duelos fílmicos del lejano oeste norteamericano, en los que sobrevive siempre el protagonista, porque tiene un milímetro de mejor puntería y, aunque sabía que el ingeniero era un campeón indiscutible, sabía también que el general no le iba a la zaga, así es que me pareció mucho más cuerdo que espectar mentalmente el trágico enfrentamiento, tratar de evitar que se produjera. Como había que evitar, a todo trance, que el presidente fuera vejado o maltratado, aun cuando fuera en el proceso de liberación. Se me ocurrió entonces, como lo anunciara en la rueda de prensa, invitar a personalidades destacadas: obispos, políticos, embajadores, magistrados, para que viajaran a Taura a fin de que estuvieran presentes en el momento preciso. La idea fue acogida con entusiasmo y Eugenia, Patricio, Pancho Swett, y creo que también el diputado Camilo Ponce Gangotena, comenzaron a llamar por teléfono a una larga lista de estas personalidades. El ex-presidente Galo Plaza, el arzobispo de Quito y el secretario de la Conferencia Episcopal, el subdecano del Cuerpo Diplomático, el vicepresidente del Tribunal de Garantías Constitucionales, el embajador de Venezuela, entre otros, aceptaron gustosos tan delicado y, ciertamente, riesgoso cometido. Entonces, con la ayuda perspicaz e infatigable del teniente coronel Quiroz, procedía organizar los respectivos vuelos a Taura, coordinándolos con el que debía iniciarse en la Base Militar de Latacunga conduciendo al general Vargas Pazzos. Aproximadamente a las 18h20 - según lo recuerda Guido Zambrano - decoló desde el terminal de la Aviación del Ejército el primero con el arzobispo Antonio González, monseñor Luis Orellana, secretario de la Conferencia Episcopal, el decano encargado del Cuerpo Diplomático, embajador Samuel Fábregas, el ex-ministro de Finanzas, Francisco Swett (que aquel día puso en evidencia su condición de caballero y amigo) y el sociólogo Guido Zambrano. Algo después de 30 minutos y precisamente cuando me hallaba tratando de resolver las dificultades de coordinación del segundo vuelo, el teniente coronel Quiroz fue informado por el capitán Fausto Herrera, oficial a cargo de comunicaciones del sistema «Mode» en Taura, que no se había autorizado el aterrizaje del avión con los primeros comisionados por lo que, luego de sobrevolar por algunos momentos la Base, el aparato se había dirigido a Guayaquil. Con este antecedente se complicó aún más la partida del segundo avión, en el que debían viajar el señor Galo Plaza, el doctor Rubén Chávez del Pozo, vicepresidente del Tribunal de Garantías Constitucionales, y el doctor Luis Rodríguez Malaspina, embajador de Venezuela. La dificultad era fundamentalmente de tipo técnico ya que, para conseguir que el vuelo de Quito llegara a Taura simultáneamente con el que debía conducir al general Vargas, era preciso demorar el decolaje de éste por lo menos 15 minutos, lo

cual era imposible por la carencia de iluminación artificial en la pista de Latacunga, o disponer que sobrevolara la Base de Taura hasta que llegara el avión con los comisionados, lo que se estimó extremadamente peligroso por las conjeturas que podrían hacer al respecto los irascibles comandos y lo impredecible de sus decisiones. Así las cosas, luego de largos minutos de consultas e intercambio de opiniones con el coronel Mario Alvear, comandante de la Base de Latacunga y el coronel Patricio López, jefe de la Aviación del Ejército (que dirigía las operaciones en el terminal de Quito), resolví desistir del empeño y comuniqué el particular al propio señor Galo Plaza quien, sin duda molesto por lo sucedido, tuvo empero sus frases de humor habituales para permitirme salir del paso y expresó sus votos por un feliz desenlace del «reencuentro».

En todo caso y, por ventura, el temido enfrentamiento Febres-Vargas no tuvo lugar, tanto por la acertada disposición que la superioridad militar diera para que el avión que condujo al ex-comandante de la FAE permaneciera estacionado en la cabecera de la pista hasta que el Presidente de la República y su comitiva abandonaran la Base, cuanto por el valeroso comportamiento del coronel Galo Granja y del teniente coronel Maya, que viajaron como custodios del general Vargas. El coronel Granja, según me ha referido un testigo presencial de los hechos, permaneció imperturbable al pie de la escalerilla, metralleta en mano, mientras más de un centenar de comandos, a pocos metros de distancia, disparaban salvas y vivaban a su líder, pidiendo se le dejara salir del avión. Esta actitud del pundonoroso oficial les indujo a aceptar las tinosas sugerencias del mayor Córdova (que había viajado como copiloto) para que retornaran al casino y esperaran tranquilamente el desenlace de los acontecimientos.

«¿Qué más quieren que firme?»

De todos modos, entre el inicio del proceso de liberación conjunta (de Febres Cordero y Vargas) y su culminación, debieron transcurrir más de tres horas plagadas de sobresaltos, angustias y problemas. Primero fue lo ya referido en torno al fallido intento de enviar las comisiones de *garantes*; luego, las nuevas exigencias de los captores que, al considerarse satisfechos con el documento que dictara y suscribiera el propio ingeniero Febres Cordero ante las cámaras de Ecuavisa (a las 16h53), cayeron en cuenta de que, por muy Presidente de la República que el señor ingeniero fuera, no podía, por sí y ante sí, *ordenar* la libertad de alguien que había sido sentenciado por uno de los más altos tribunales, como es la Corte de Justicia Militar y que, por lo mismo, era indispensable que desapareciera el *argumento* en el que se había basado el presidente de dicha Corte, coronel de Aviación en retiro

Gonzalo Fernández Sevilla, para rehusar el acatamiento a la resolución de amnistía dictada por el Congreso Nacional, esto es, la falta de publicación de la misma en el Registro Oficial. Fue entonces que decidieron, por sugerencia del doctor Celio Romero Vicuña, abogado defensor del general Vargas (que había llegado a la Base pasadas las 17h00), que el presidente debía firmar un oficio disponiendo la publicación de marras. Por causa de este incidente, que significó la demora de más de cuarenta eternos minutos, debo haber hablado por lo menos una media docena de veces con el Alto Mando en Quito y con los amotinados en Taura. En una de estas últimas conversaciones, alrededor de las 19h30, fue mi interlocutor el mayor Angel Córdova. Recuerdo que, luego de escuchar mis argumentos y reflexiones, este caballeroso oficial (que a punto estuvo de ser víctima de malévolas interpretaciones sobre su comportamiento durante aquel día), concordó conmigo en que no cabía someter al jefe de Estado a nuevas humillaciones⁽¹³⁾ y que debía bastarles el documento ya suscrito y mi garantía adicional de que se daría fiel cumplimiento a todo lo que se había acordado y trató de convencer a los amotinados en este sentido. Su gestión no tuvo eco y los documentos tuvieron que redactarse y fueron presentados al ingeniero Febres Cordero para su firma en el interior de la buseta en la que se encontraba ya casi a salvo y con los integrantes de su comitiva. El breve diálogo (que el Ecuador presencié sobrecogido a través de las pantallas de televisión), concluyó con la firma de los dos papeles y la patética pregunta: «¿Qué más quieren que firme?» que puso en evidencia el estado de ánimo en que se encontraba el señor Presidente de la República.

Cuando se confirmó la noticia de que los secuestrados estaban a salvo, una serie de explosiones de alegría se produjeron en todas las dependencias del Palacio Presidencial. Creí que no debía dilatar más el cumplimiento de la oferta que les hiciera a los representantes de los medios de comunicación respecto de mantenerles oportunamente informados sobre el desenlace de los acontecimientos. Bajé enseguida a la Sala de Prensa y, ante una concurrencia, si bien no tan numerosa como la anterior, igualmente ávida de noticias, expresé:

«Conciudadanos: En aras de la tranquilidad pública cumplo con el deber de informarles, oficialmente, que el Presidente de la República, ingeniero León Febres Cordero, y su comitiva, fueron puestos en libertad en la Base de Taura, en cumplimiento del acuerdo dispuesto por el propio Presidente de la República. Asimismo, debo informar que el general Frank Vargas Pazzos se encuentra en la referida Base de Taura, en libertad. Debo expresar mi complacencia por la forma

⁽¹³⁾ Se trataba de que firmara, además, un adendum al compromiso inicial, garantizando que el general Vargas no sería objeto de retaliaciones ni persecución alguna.

como la ciudadanía ha reaccionado, con serenidad y civismo, en estos difíciles momentos de verdadero peligro para la vida constitucional del país. El pueblo ha dado pruebas de su amor a la democracia y su respeto al orden jurídico. Confío en que tendremos un mañana mejor».

Al retornar al despacho, la radio y la televisión daban cuenta de la gigantesca caravana que se iba conformando según avanzaba hacia la ciudad de Guayaquil el vehículo con el presidente y sus acompañantes. El abogado Pareja, interrumpiendo la efusión del ambiente, me pidió, con verdadera vehemencia, que hablara con Jaime Nebot Saadi⁽¹⁴⁾. «Blasco, por favor - me encareció - dígame a Jaime que no vuelva a cometer otra imprudencia. Que no vaya a pronunciar discursos incendiarios, ni nada por el estilo. Esta es la hora de la tranquilidad y la reconciliación». Me pareció que su preocupación era muy lógica y absolutamente acertado su criterio, así es que me puse a hablar con el fogoso gobernador del Guayas y le dije todo lo que se me había sugerido más la salsa de mi propio cocimiento. Me escucho de muy buen talante y admitió la razón de mis sugerencias. Al finalizar la conversación, Charlie se acercó y me dijo: «Blasco, usted ha escrito este día una página de ejemplar dignidad en la historia de la República» y añadió que se sentía «orgulloso» de ser mi amigo. Le respondí que, por mi parte, me sentía igual respecto de su amistad y comportamiento. Expresiones similares me dijeron Luis Robles Plaza, Xavier Espinosa, Patricio Quevedo, Wilson Cepeda y, como ellos, todos los funcionarios y amigos que se hallaban en el despacho presidencial. Respiré con un alivio indescriptible. Pasaron varios minutos entre comentarios, noticias de la llegada de la caravana a la Gobernación y la Zona Militar. Estimé que mi tarea había concluido y salí del despacho.

Al llegar mi automóvil a la esquina del Parque de la Independencia, uno de los oficiales de la escolta nos dio alcance para darme a conocer que el Presidente de la República quería hablar conmigo. Le dije que me hiciera el favor de pasar la llamada a mi domicilio dentro de diez o quince minutos. Llegué a mi casa. Unos pocos entrañables amigos y amigas acompañaban a mi mujer y a mis hijos que, ese día, como tantos otros pero en mayor grado que en ninguno, habían dado pruebas de entrañable lealtad y espartana entereza. Emociones, abrazos, lágrimas, risas. Me ofrecen un largo trago que - lo confieso -, me sabe a gloria. Mientras lo paladeo y relato lo más saliente de los sucesos del día, suena el teléfono. Es Miguel Orellana, ex-secretario particular del presidente, para decirme que León quiere hablar conmigo. Le pone al teléfono. Luego de excusarse por no haberme llamado antes, me dice, «Mira, quiero agradecerte porque... creo que te debo la vida». No puedo

⁽¹⁴⁾ Gobernador de la Provincia de Guayaquil y delfín político de León Febres Cordero. (N. de la R.)

reprimir el estremecimiento que me produce escuchar estas palabras, le respondo con frases transidas de la emoción que me embarga. Nos despedimos. Mi interlocutor se encuentra ya en su casa, rodeado de sus hijas, sus nietos, hermanos, parientes, amigos y colaboradores, en los últimos minutos del «Viernes negro» que ni él ni buena parte de los diez millones de ecuatorianos olvidaremos jamás.

(*) Este texto corresponde al primer capítulo de su libro **El viernes negro: antes y después de Taura**, Quito, 1988, publicado con autorización del autor.